

Agradezco la invitación que el Centro de Estudios Adlerianos me hace para desgranar la figura de Alfred Adler desde la distancia, acá en España, donde no es figura excesivamente conocida como otros contemporáneos del psicólogo, pero sí se erige siempre como figura alentadora para los que, conociéndole, lo utilizamos como un eje didáctico para recorrer las escalas de los valores con los que vivimos cada día. Soy abogado en ejercicio, y por tanto poco puedo aportar a las tesis profundas de otros invitados, mejor dotados que yo para desgranar los vericuetos de aquel raciocinio en los que Adler se embarcó para resolver la incógnita del enfrentamiento del hombre con el medio, o mejor, del hombre que se siente inferior frente al medio desconsolador vigilado por Saturno, pero un Saturno que si en la mitología sólo se ocupaba en devorar a sus hijos más fuertes para evitar el nepotismo, en las tesis adlerianas devorará a los más débiles como una trasposición de las teorías darwinianas. Todo el enfoque que he dotado a la cuestión se halla ya vertido en mi ensayo sobre la fealdad, fealdad como aspecto fisonómico a la que aparejo el concepto del mito para tratarla entonces de forma diaspórica, elevada a categorías de análisis psicológico, filosófico y estético. No se pueden entender los mecanismos de impulsión, los constructos más avanzados de la teoría adleriana si no se aprehenden cuestiones tan básicas como la propia historia de la belleza y la fealdad como objeto de confrontación y finalmente como oportunidad de interacción. De esta batalla librada es donde surge la falta de credibilidad de la belleza como patente de corso para lograr el desarrollo, la evolución de la personalidad; necesita de una correa transmisora como es la debilidad, pero la debilidad no entendida como destino, sino como arranque. Jung también utilizó el ardid legitimado de la compensación para explicar el compromiso indirecto existente entre el complejo y la conciencia, en el sentido de que ésta sufría un colapso general en tanto el complejo ejercía su hegemonía sobre el sujeto, quedando aquélla suspensa durante este período de tiempo: <<Constatamos una especie de compensación dinámica entre el complejo y la conciencia. No vemos sólo al complejo erigirse hasta el nivel de la conciencia o superarla; al mismo tiempo asistimos a un abatimiento de la conciencia, que se vuelve soñadora>> (*Los complejos y el inconsciente*).

En el ardid de la inferioridad para alzarse como estatuto existencial se concilian también el carácter y la inteligencia, sazonadas con un concepto capital como es la voluntad, la

voluntad tal como la entendía Schopenhauer. Así pues, la sucesión de nuestras motivaciones consumadas en actos es lo que va tejiendo nuestro *carácter adquirido*, que Schopenhauer define como la conciencia final de lo que uno quiere inequívocamente tras la libre exposición de nuestras virtudes y defectos. De lo contrario, la inteligencia seguiría siendo <<el consejo de ministros de la voluntad soberana>>, constreñida por su modo rotundo de hacerse evidenciable en la representación, o bien la ejecución ciega de resoluciones ocultas al intelecto y que, tal como si de un ente foráneo se tratara, sólo podría atisbar en humillante impostura, <<a fuerza de espiarlas y por sorpresa>>.

La sensación de haberse adentrado en un aposento lleno de luz que a Schopenhauer le había embargado al leer una página de Kant, es la misma que sintieron acuciantemente otros muchos pensadores al deambular por el logos nietzscheano, cuya expresión casi estaba por encima de su intelección⁸³, añadiendo a la incontinencia de ideas el refrendo irrefutable de un ímpetu lexicalizado jamás antes conocido en la historia del pensamiento, lo que le valió su título de aforista insuperable. Nietzsche o *der intellektuelle Wanderer* se destacó por su abismal lectura compresora y comprensiva de los acontecimientos desde una cornisa antihistoricista, así como por la creencia mesiánica en su misión unificadora del entendimiento humano, amén de la en modo alguno utópica reconducción a un solo lenguaje (el zaratrústico) de todos los existentes, reveladores en su balbuceo de la lenta, humillante y trastabillante progresión del hombre escudado en su propio declive, trocando ahí el apremio del esfuerzo por el desapremio de la resistencia. Toda la teoría de Adler es la premisa de resistir para curarse de la superioridad no asumida, y ello transitando por la secuencia de etapas necesaria, una invitación a desandar el camino para construir desde la disociación con el medio siempre más fuerte con un requisito sine qua non, para sentirnos desprotegidos hasta desvertebrar nuestro ser real para revertebrarlo en el ser ideal. El complejo de inferioridad que azota al ser se halla en la base de su revolución personal. Decía Heidegger que el hombre es el pastor del ser; para Adler el hombre será un desdoblamiento del ser que lo supere, porque el

ser sólo es la base que lo propulsa cuando aprehende sus posibilidades, sus responsabilidades.

En este punto me gustaría leer un pequeño subcapítulo de “El mito de la fealdad”, que he subtítuloado <<El afán de superioridad como sí-mismo creador>>, en el cual entronco de una forma bastante introspectiva y muy definida con lo que es el pensamiento adleriano:

“Aun cuando el sentimiento de inferioridad sea momento fundamental en el poder recreativo del individuo acerca de cada día vivido, su arduo recorrido personal debe estar presidido por otro plectro rector: la necesidad de hacerse superior. Si la inferioridad era la instancia ideal (*rectius* apropiada) para la asignación teleológica, sólo desde la superioridad podrá consumir sus fines, apropiación en la que se subsume una diáspora de beneficios: reforzamiento del aparato psíquico e intelectual, desbaratamiento del sentimiento de inseguridad, perfeccionamiento del mecanismo ficticio, superación de la deficiencia, refinamiento de la percepción... Para Adler, <<es el sentimiento de inseguridad y la consecuente tendencia a asegurarse que, en último término, aspira a desembarazarse del sentimiento de inferioridad y a elevarse hasta la plenitud del sentimiento de personalidad, a la cabal masculinidad, al ideal de *estar arriba*. Cuanto mayor sea esta distancia entre la situación real y la situación de superioridad ideal, con tanta mayor fuerza e intensidad se percibirá y se perseguirá la ficción rectora>> (*El carácter neurótico*).

Ahora bien, Adler es consciente de la falta de antídoto contra el envenenamiento de la ficción sumamente reforzada, que en la mayoría de las ocasiones degenerará en un cuadro de neurosis como resolución psíquica de un problema de mensurabilidad. Estamos con Allport cuando advierte que <<siempre hay una brecha saludable entre el yo y el yo ideal, entre la existencia presente y la aspiración. En cambio, una satisfacción demasiado grande indica patología>>. Como feliz e irreplicable rúbrica a ese apologético llamamiento a la “demasia”, Adler menciona el caso de Goethe, quien en carta a Lavater realizaba esta impresionante confesión: <<El ansia que siento de alzar lo más alto posible el vértice de la pirámide de mi existencia, cuya base me ha sido prescripta y trazada desde un comienzo, sobrepasa y domina a todos los demás deseos y no me concede ni un instante de reposo>>. En este sacrificio positivo del individuo como constructor de su personalidad respira el capital concepto adleriano del “sí mismo creador”, fórmula que atribuye a aquél la dirección e interpretación de su devenir orquestal conjugando una base musical dada (herencia) con una gran dosis de improvisación (experiencia, ambiente) como flujo de un determinismo débil, sin perder de vista que de camino a su sí-mismo el hombre es un ser que va despojándose de todo aquello que lo

determina, de ahí la fricción constante entre lo heredado y lo comprado, gravado siempre por la servidumbre de sus contradicciones.

Este sortilegio psíquico del ser inferior en trance elevador está incardinado en lo que Adler llama la *protesta viril*, manifestación sexualizada preferentemente en el varón como reacción contra el sentimiento de debilidad e invalidez, concerniéndole la virilidad y el cumplimiento del patrón masculino como objetivos inmediatos en el seno de una general <<tendencia al equilibrio mediante incesantes esfuerzos dirigidos a compensar un déficit funcional con un plus de trabajo>>. En el caso de los neuróticos la experiencia del afán superador se torna dramática, buscando más que un sentimiento de autoafirmación uno de afirmación violenta sobre los demás, propiciando la devaluación del prójimo y la disminución de su consideración intrasocial, usando actitudes dignas de reproche: sadismo, odio, intolerancia, envidia y, en casos extremos, privación de la vida ajena. En el caso del neurótico aquella protesta viril surge sobredimensionada en un fatídico exceso de decibelios, degenerando en lo que Adler llama *autodivinización*, eludiendo en cualquier caso el sinónimo freudiano de “narcisismo”. Precisamente en su obra *Introducción al narcisismo*, Freud reconocía el interés de la investigación psicoanalítica en el fenómeno de la protesta masculina, pero negaba a este constructo cualquier perfil de tipo sobrecompensador, y si le otorgó amparo científico fue por su naturaleza narcisista y su estricta procedencia del “complejo de castración”, no de la valoración social realizada por el sujeto. Freud reconocía la realidad del sentimiento de inferioridad, pero no situaba su génesis en el decalaje entre el tipo actual y el prototipo ideal, sino en un *empobrecimiento del yo* informado por una pérdida masiva de libido debido a la falta absoluta de control en la sexualidad.

Uno de los caballos de batalla adlerianos fue analizar la progresión psicofísica de la compensación desde su apreciación orgánica hasta su crispación en forma de motivación psicológica. Al temprano y corto amparo de Freud, Adler había comenzado hablando de una *pulsión de agresión*, pero, dado el diagrama de su sistema sobre una voluntad inexpugnable, decidió abrazar con ardor las muy familiares nomenclaturas nietzscheanas y trocar la “pulsión”¹⁰³ por la expresión más expeditiva de *voluntad de poder*. Bien vio que el deseo consustancial al hombre de procurarse una personalidad vigorosa entroncaba con aquella actitud superior del hombre zaratrústico en cuanto que, en último término, significaba una aspiración al mayor grado de invulnerabilidad, zanjando la contienda con ese otro consustancial sentimiento de inseguridad, acrobacia que en modo alguno desafiaba la ley de la gravedad si la voluntad y el

carácter ejercían de consuno la propulsión adecuada ¹⁰⁴. Para Adler aquel sentimiento de personalidad reforzado al extremo desembocaba degenerativamente en lo que Nietzsche llamó *voluntad de parecer*, computándose entonces en la contabilidad del neurótico un “debe” en forma de feminidad que había de transformar en “haber” de masculinidad “invirtiendo” en protesta viril (<<Soy (como) una mujer y quiero ser un hombre>>), al tiempo que se velaba por el encadenamiento silogístico entre las instancias sexual, psicológica y ontológica”.

Pues bien, amigos, parece que cueste o que cueste yo quizás también he conseguido acercarme un poco a todos ustedes desde España, que es también la España de todos ustedes, a pesar de la distancia que nos separa. Ha sido para mí un placer y un privilegio volver otra vez a recapitular, más bien diría que capitular con la figura, con el alma y con esas pulsiones intelectuales que azotan todo el pensamiento de Alfred Adler y que siguen tan vivas a la fecha de hoy, al día de hoy, en el que en este año 2007 se conmemoran los 100 años de la aparición en 1907 de la teoría sobre la inferioridad de los órganos, de lo cual todo nosotros debemos enorgullecernos. Muchas gracias y hasta siempre.

Alberto Zurrón
Oviedo, Asturias
